

SEGURIDAD ALIMENTARIA: PERSPECTIVA COMUNITARIA (PRIMERA PARTE)

RAFAEL ULLOA GÓMEZ, MSc*

El bienestar nutricional es una situación que depende de la disponibilidad estable de alimentos que tenga el país, del acceso de la familia a la canasta alimentaria, del contenido de los nutrientes, y de la calidad e inocuidad de los alimentos, por lo tanto, la seguridad alimentaria de la familia depende de que se disponga de suficientes ingresos y bienes para producir, adquirir y consumir la cantidad necesaria de alimentos a nivel del hogar. La seguridad nutricional requiere además, un buen estado de salud, medio ambiente sano y capacidad para mantener y cuidar la salud.

Los indicadores de la desnutrición crónica en la población dominicana, tienen un comportamiento estático, y siguen manifestándose como un problema de salud pública en determinadas áreas geográficas, entre estos indicadores está el déficit específico por micronutrientes, destacándose por su importancia epidemiológica los trastornos por déficit de yodo, vitamina A y hierro, los cuales se evidencian como críticos en casi todas las regiones sanitarias. También existe suficiente información que indican que el sobrepeso y la obesidad se están convirtiendo en un verdadero problema de salud pública.

La seguridad alimentaria implica:

- la posibilidad de acceso de forma permanente a los alimentos, sea a través de la producción y/o de la capacidad de comprarlos.
- la seguridad del alimento en sí mismo, es decir su calidad e inocuidad.
- el consumo de una dieta nutricionalmente adecuada.

La seguridad alimentaria depende de la cantidad de alimentos que se dispone en el hogar y de su distribución en dicho hogar. La insuficiencia de los alimentos disponibles puede deberse a la falta de ingresos para comprarlos o a las limitaciones para producirlos. La insuficiente disponibilidad de alimentos en el hogar guarda relación en el plano nacional con la producción, los precios y la calidad de los alimentos, sin embargo, hoy se sabe que aunque exista suficiencia a nivel nacional, ello no implica que los alimentos se distribuyan por igual en todos los grupos sociales.

A nivel familiar, entran en juego factores importantes en el consumo, como la capacidad de compra, la capacidad de selección adecuada de los alimentos necesarios, la capacidad de atender las necesidades alimentarias de todos los miembros de la familia y en particular de aquellos que tienen mayores necesidades. Estos múltiples factores se encuentran en la realidad estrechamente interrelacionados, dependen de las características socio-económicas y culturales de los grupos de población y constituyen las causas subyacentes de los problemas nutricionales.

La seguridad sanitaria implica:

- el goce de un estado de salud normal.
- la capacidad para mantener y cuidar la salud y

- condiciones medio-ambientales favorables sanas, aspectos que guardan estrecha interdependencia.

Las condiciones de vivienda y ambientales deficitarias y dificultades de acceso al agua potable, afectan directamente la salud, la producción y preparación de alimentos, constituyendo factores de riesgo adicionales para la aparición de enfermedades que condicionan a su vez el adecuado aprovechamiento biológico de los nutrientes ingeridos.

A nivel familiar, la capacidad de mantener y cuidar la salud, guarda estrecha relación con la posibilidad de acceso a los servicios de salud, así como el acceso a la educación e información en aspectos sanitarios y nutricionales.

La Identidad y sentido de perspectiva cotidiana y su influencia en la Seguridad alimentaria

A rasgos muy generales se define la identidad, como una condición y proceso mediante el cual se logra establecer los límites y peculiaridades que distinguen e individualizan a las personas; doblemente vinculada a la herencia natural y la experiencia vivencial de cada individuo. La identidad, más allá de los elementos perceptibles, no es sólo una cualidad implícita en la condición unitaria del individuo; sino que se perfila y enriquece en el transcurrir de la vida social, en el contacto permanente con las instituciones, que comienza en el núcleo familiar y se amplía a otras estructuras sociales, tales como hábitos, costumbres, actividades, obligaciones y responsabilidades que contraemos y desarrollamos desde pequeños.

De esta manera, todas las estructuras sociales que componen el tejido de la sociedad, gracias a la huella heredada de una generación a otra y al continuo accionar de las personas que en ellas intervienen, construyendo, reproduciendo y perpetuando el conjunto de peculiaridades que los caracteriza, logran desarrollar sus propias identidades colectivas, cuyos mecanismos funcionales y principios rectores regulan la relación intragrupal y la mediación con las estructuras externas. Así se constituye la identidad cultural, como síntesis de la construcción de múltiples significados distintivos, fruto de las complejas interacciones sociales que desarrolla internamente cada grupo y en sus relaciones con otros, mediante las cuales sus miembros se unifican y a la vez, se diferencian de los demás.

La identidad cultural, además de proporcionar elementos concretos de referencia y comparación, resume el universo simbólico que caracteriza a la colectividad, porque establece patrones singulares de interpretación de la realidad, códigos de vida y pensamientos que definen las diversas formas de manifestación, valoración y sentimiento. Sin embargo, no basta con ser partícipe de una realidad colectiva común, ni siquiera es suficiente que tengamos rasgos étnicos comunes o compartamos la misma herencia sociocultural para presuponer la conciencia personal como representante de una identidad determinada.

Sentido de pertenencia como lazo de unión

Cuando una serie de particularidades comunes a un colectivo, sirven para distinguirlos de los demás, creando premisas para el autorreconocimiento como parte integrante del mismo, los vínculos de interacción grupal entre los miembros se hacen más sólidos y coherentes,

tanto dentro como fuera del contexto de referencia. Se establece pues, una identidad colectiva que traza y norma los mecanismos internos para la acción, conservación y desarrollo grupal, así como para mediar las relaciones con otros grupos.

Cada integrante entonces, hace conciencia como sujeto de estos códigos intragrupales y se siente portador y representante del universo simbólico que recrean como grupo. Esta peculiaridad relativa a la forma de adhesión a los rasgos distintivos de la identidad cultural, es el llamado sentido de pertenencia, que implica una actitud consciente y comprometida afectivamente ante el universo significativo que singulariza una determinada colectividad, en cuyo seno, el sujeto participa activamente.

Los vínculos de pertenencia pueden ser múltiples respecto a una misma persona, de acuerdo a la diversidad de roles e interacciones en que participe a la largo de su vida. Así pues la familia, las organizaciones sociales, la comunidad, pueden constituir simultáneamente medios a las que un mismo sujeto se sienta pertenecer. El grado de compromiso individual y colectivo, así como los vínculos afectivos que se consolidan mediante el sentido de pertenencia son tales, que aún en los casos en que cesa la relación activa con el medio que lo origina, puede mantenerse la identificación con sus valores representativos, mientras estos no entren en conflicto con los valores más arraigados de la identidad personal. La duración de este lazo emotivo es, por tanto indeterminada, y sólo se extingue en la medida en que se transformen y construyan significados que enajenen la identificación del sujeto con los mismos.

No obstante, la fuerza del sentido de pertenencia en muchas ocasiones pervive, como una latencia emotiva, relacionada con aquellos rasgos distintivos de la identidad colectiva que todavía mantienen su sentido para el sujeto. Por tanto, el sentido de pertenencia es un elemento primario de arraigo e identificación personal y colectiva. Es expresión concreta de adhesión a rasgos específicos y característicos de la cultura que sintetizan perfiles particularmente sentidos de identidad cultural; por lo que resulta importante en las estrategias de promoción para el desarrollo, que debe incluir la educación, la alimentación y la salud. Debe añadirse que en el estudio de los procesos de identidad y sentido de pertenencia, es necesario considerar las múltiples posibilidades de organización, clasificación y normativas generadas en dichos procesos, que al conformar las prácticas intra y extragrupales, definen las posibilidades de acción colectiva.

La cotidianidad como fuente de reafirmación

El desarrollo de alternativas para el logro de la seguridad alimentaria plantea la necesidad de reafirmar la identidad cultural y el sentido de pertenencia como recursos insustituibles para movilizar la participación sociocultural en esta dirección. Con esta finalidad, la promoción debe apelar, en primera instancia, al concierto de significados culturales distintivos, cuyo consenso mayoritario funja como punto de contacto y entendimiento intergrupar, para propiciar posteriormente, el desarrollo de procesos negociados donde se favorezca la apropiación de aquellos contenidos culturales que requieran de **resignificación** contextual. En este sentido resulta muy útil partir de contenidos culturales vigentes en la cotidianidad de vida del colectivo o la comunidad, en cuya construcción significativa se encuentren de una forma u otra comprometido, parte importante de sus miembros.

La recreación de las expresiones de la cultura vigentes en el marco de la cotidianidad, como escenario de construcción actualizada de múltiples significados culturales, favorece el reconocimiento de los valores operativos para la colectividad y cada sujeto; que sí bien, en ocasiones se enmascaran en las brumas del anonimato diario, tienen la potencialidad de destacarse como muestras vivenciales y contemporáneas de una complejidad identificativa más amplia. Pero la que resulta más importante es que al develar la complejidad cultural manifiesta en cada faceta de la cotidianidad de vida local; al identificar y reconocernos en sus múltiples expresiones como elemento fundamental de su creación y continuidad, se hace más transparente y cercano el significado de los valores culturales legados a través del devenir histórico-social, se facilitan los procesos de apropiación y adquisición de sentido.

Afianzarse conscientemente en la identidad colectiva desde la cotidianidad, permite a su vez establecer los contrastes diferenciadores con otros colectivos; pero además, ayuda a reconocer los nexos y elementos culturales comunes a unos y otros grupos y comunidades. Es decir, que la validación de la cultura local desde las más sencillas expresiones inmersas en lo cotidiano, puede ser un medio eficaz para acercarse a la esencia significativa más general y diversa de la identidad comunitaria; y por extensión, facilita autorreconocerse como agente portador y constructor de ese universo cultural y trascender a compromisos de identidad cada vez más cercanos a la esencia común del ser humano.

Las estrategias de intervención deben funcionar en todo caso, como instrumentos develadores de estos rasgos distintivos de la identidad colectiva, inmersos en la cotidianidad y con demostrada vigencia para andamiar los procesos de apropiación que garanticen el ascenso de las peculiaridades legadas, desde el mismo ámbito local o desde las amplias estructuras macrasociales de identidad cultural común, a rasgos de un sentir personal, inscritos en el sistema de valores que caracteriza a cada sujeto.

En ese mismo contexto, debe señalarse que la labor sociocultural tiene que pulsar las peculiaridades de las distintas formas de expresión e interacción de las identidades colectivas; al igual que las tendencias en cuanto al comportamiento del sentido de pertenencia. De las posibilidades de aglutinar intereses múltiples para la acción cultural desde las peculiaridades que distingue a cada colectivo y localidad, dependerá el éxito de cada gestión en cuanto a la posible repercusión en el desarrollo social, su sustentabilidad, extensión y multiplicación.

Continuará en la próxima edición

* El autor es ingeniero agrónomo y abogado, con una maestría en seguridad alimentaria. Funcionario de los Institutos Dominicano de Investigaciones Agropecuarias y Forestales (**IDIAF**) e Interamericano de Cooperación para la Agricultura (**IICA**)

SEGURIDAD ALIMENTARIA: ENFOQUE SOCIOCULTURAL (SEGUNDA PARTE)

RAFAEL ULLOA GÓMEZ, MsC*

La Alianza para el Progreso, que fue un programa de asistencia alimentaria por un lado y de penetración cultural por el otro, fue una alternativa ideológica de John F. Kennedy para contrarrestar el avance en esa época de la naciente revolución Cubana, la esperanza era que en diez años, América latina estaría bien encaminada hacia una prosperidad y democracia irreversibles, pero ahora que entramos en un nuevo siglo, el optimismo ha sido desplazado por la frustración y el pesimismo.

Se visualizaba que el progreso humano estaría impulsado por una dialéctica que podría ser acelerada, pero la amplia mayoría de países todavía se ha quedado muy atrás, y la situación de muchas personas de esos países no ha mejorado materialmente respecto de cómo estaban medio siglo atrás. De más de seis mil millones de personas que habitan el mundo en la actualidad, menos de mil millones se encuentran en las democracias avanzadas o países más desarrollados. La democracia ha prosperado en América latina en los últimos veinte años, pero los experimentos democráticos son frágiles, por lo que en suma, el mundo de fines del siglo veinte es mucho más pobre, mucho más injusto y mucho más autoritario que lo que la mayoría de las personas esperaban a mediados de siglo.

De este modo en la última década del siglo veinte se produjo un vacío de explicación sobre el nuevo equilibrio mundial, lo cual ha propiciado que las instituciones de asistencia para el desarrollo hayan promovido diferentes alternativas de soluciones, incluyendo el nuevo rol de la ruralidad, desarrollo comunitario, planeamiento general y estratégico, programas de focalización contra la pobreza, vulnerabilidad, tecnología apropiada, promoción de las mujeres en su empoderamiento para el desarrollo, privatización, gobernabilidad, sociedad civil, descentralización y ahora desarrollo sostenible. Todas estas alternativas, sin descartar el énfasis en la globalización y el pluralismo político, han sido útiles, en mayor o menor medida, pero tanto de manera individual como en su conjunto, no han logrado producir ni equidad, crecimiento, democracia ni justicia social en nuestros países.

La cultura cambia casi todo

En mi primer viaje a Taiwán, en una de nuestras frecuentes interacciones con personas de diferentes nacionalidades e ideologías, donde estaba pendiente de encontrar explicaciones lógicas a la idiosincrasia de los pueblos, conversando con el buen amigo Alexander Sagaidak, un avezado profesor universitario de la Universidad Estatal de Administración de Tierras de Moscú, me explicaba el caso de cómo la cultura puede oponerse a las iniciativas emprendedoras, donde setenta y cinco años de doctrina anti-mercado y anti-ganancia y los privilegios internos han instalado y cristalizado actitudes anti-empresariales. Incluso después de la caída del régimen comunista, la gente teme la incertidumbre del mercado y añora la burocracia del empleo estatal y la igualdad en la pobreza.

Me explicaba que el colapso de las prohibiciones e inhibiciones marxistas ha provocado una afluencia de la actividad empresarial, en su gran mayoría relacionada con un comercio interno, en gran parte obra de minorías mafiosas, que manipulan y se benefician de la

confusión generada después de la caída del comunismo. El fermento ya está allí y con frecuencia es suficiente, la iniciativa de unos pocos emprendedores diferentes, mientras tanto, los antiguos hábitos permanecen, la corrupción y el delito aumentan, la guerra cultural se hace más fuerte, las elecciones se basan en esas cuestiones, y el resultado es incierto.

Bernard Lewis señaló una vez que "cuando la gente se da cuenta de que las cosas andan mal, puede hacerse dos preguntas. Una es: ¿en qué nos equivocamos?, y la otra es: ¿quién nos hizo esto? La primera pregunta lleva a una línea de pensamiento. ¿Cómo lo solucionamos?. Después de la bochornosa derrota en la segunda guerra mundial, Japón se preguntó: ¿cómo lo solucionamos? El resultado fue un nivel de alfabetización logrado mediante la inversión en la educación que aumentaba de generación en generación, mediante lo cual se creó conciencia sobre la importancia asignada al tiempo y el logro de productos de calidad. La pregunta de quien nos hizo esto nos conduce a propiciar y desarrollar situaciones mezquinas y mediocres, tratando de encontrar los culpables para producir venganza, lo cual se convierte en un círculo continuo de violencia que se acelera vertiginosamente, pues después del primer golpe se pierde la conciencia sobre el origen del conflicto, dificultando cada vez mas las soluciones, tal es el caso de la situación violenta que se ha creado en medio oriente, la cual parece no tener fin.

La historia nos enseña que los remedios más exitosos contra la pobreza vienen desde adentro. La asistencia externa puede ayudar en un momento de emergencia, pero como la abundancia inesperada, también puede perjudicar, contribuyendo a desalentar el esfuerzo e instalar un sentido de incapacidad frustratorio. Debe educarse para el trabajo, el ahorro, la honestidad, la paciencia, la tenacidad. Para mucha gente eso puede sonar a indiferencia y conformismo, pero en el fondo, el remedio más eficaz contra las bajas pasiones es el altruismo y la solidaridad. En este mundo, a los optimistas les ha ido siempre mejor, no porque siempre tengan razón sino porque asumen las dificultades como una oportunidad para avanzar con una actitud positiva. Incluso cuando se equivocan, son positivos, y ésa es la forma de alcanzar rendimiento, corrección, mejoría y éxito. El optimismo educado y abierto ofrece mayores ganancias.

Enfoque del capital social

El concepto de capital social es un enfoque nuevo que se diferencia de los criterios paternalistas y asistenciales, en el que se promueven líneas de acción mediante la interacción de los miembros de la comunidad y aprovecha el conocimiento, con el objetivo de fortalecer la capacidad de la gente para mejorar su situación formando redes asociativas basadas en la cooperación y la confianza dentro de las comunidades.

Este concepto se define como el conjunto de normas, instituciones y organizaciones que promueven la confianza y la cooperación entre las personas, las comunidades y la sociedad en su conjunto. Es importante diferenciar entre el capital social individual y el comunitario, el primero consiste en el crédito que ha acumulado una persona y que la hace merecedora de confianza. El segundo se expresa en instituciones complejas y reside no en las relaciones interpersonales sino en sus estructuras de normas, gestión y sanción de la comunidad.

Hay algunos ejemplos claros acerca de cómo el capital social contribuye a aliviar la situación de inseguridad alimentaria, en los pueblos y comunidades rurales, es común el intercambio de comida preparada o elaborada entre vecinos y en otros casos, simplemente pasar la comida a una persona o familia que ellos saben que no cocinó. Este tipo de iniciativas contribuye a que las personas sean capaces de organizarse y cooperar para mejorar las condiciones de vida de su entorno y además fomenta la solidaridad. Pero fortalecer el capital social va más allá de las relaciones entre vecinos y familiares, sino que deben vincularse con la sociedad y los mercados más amplios para tener acceso a información y recursos adicionales.

Este tipo de iniciativas es muy importante, pero el objetivo principal no es simplemente proporcionar recursos o comida a la gente necesitada, sino que hay que articular las fortalezas y capacidades para que la gente pueda por sí mismo ayudar a resolver su situación y avance con los demás de manera simultánea en la creación de un sentimiento de confianza y solidaridad entre todos, desarrollando la colaboración recíproca en proyectos que hacen uso de los activos individuales y colectivos de la misma comunidad y se convierte en una fuente de mejoras continuas.

Para realizar las actividades agrícolas, las familias campesinas dominicanas usaban el trabajo comunitario como una forma de facilitar las labores y reducir costos, este sistema de ayuda era denominado convites o juntas, lo cual todavía se practica en algunas comunidades, donde todas las familias se reúnen para trabajar a favor de una de las familias, así sucesivamente todos trabajan para todos. Los varones realizan los trabajos pesados y duros, mientras que las mujeres realizan las labores de cocina y otro grupo entonan canciones al borde del terreno donde están trabajando. Este valor que tuvo gran significado en su momento, se ha visto reducir en los últimos años debido a la indiferencia, el egoísmo y el consumismo

Se ha determinado que la ruptura de la colaboración entre las redes sociales puede conducir al aumento del delito, con el objetivo de determinar la profundidad y certeza de esa aseveración se realizan investigaciones en diversas comunidades donde se ha podido demostrar que la falta de solidaridad y confianza conduce a una menor participación de la gente en las organizaciones comunitarias y al debilitamiento de los lazos informales entre los habitantes, lo que a su vez propicia un estado de aislamiento frustratorio que a la vez puede incidir en un aumento del crimen y la violencia.

En los proyectos de fortalecimiento del capital social las personas aprenden a relacionarse entre sí trabajando conjuntamente en tareas concretas, creando de este modo un capital humano, familiar y social que se convierte en la base para un futuro más promisorio. Los proyectos de construcción de capital social para el trabajo comunitario contrastan con otras estrategias de alivio a la vulnerabilidad e inseguridad alimentaria que se han aplicado donde el paternalismo y el asistencialismo dificultan soluciones definitivas y de largo plazo.

La diferencia reside en que no se trata sólo de proporcionar más ayuda alimentaria, materiales o servicios a la gente, sino que se busca lograr que éstos superen los sentimientos de dependencia y asuman actitudes de compromiso y responsabilidad compartida. Las iniciativas no gubernamentales en las comunidades de bajos ingresos

experimentaron una fuerte expansión en los últimos años, la acción basada en los recursos de la comunidad usados en su desarrollo, se han acelerado a partir de la década del noventa.

Los autores que en la última década han estudiado los proyectos de construcción de capital social han enumerado una serie de aspectos claves a tener en cuenta para la implementación eficiente de esta estrategia, entre las recomendaciones podemos citar el hecho de que la gente debe estar ampliamente involucrada en el proyecto ya que, si se trata de construir capital social, las actitudes de dependencia han de ser reemplazadas por otras de compromiso y participación. Los líderes comunitarios deben saber hacer las cosas por sí mismos y la comunidad debe jugar un rol central en el diseño e implementación de las estrategias para su propio mejoramiento.

* El autor es ingeniero agrónomo y abogado, con una maestría en seguridad alimentaria. Funcionario de los Institutos Dominicano de Investigaciones Agropecuarias y Forestales (**IDIAF**) e Interamericano de Cooperación para la Agricultura (**IICA**)